

“El poder transformador del amor altruista”
Homilía para el segundo domingo de Pascua, año A
19 de abril de 2020: Catedral de Santa María

Introducción

El segundo domingo de Pascua de este año nos encuentra en buena compañía, de hecho, una compañía bastante distinguida: nada menos que los propios apóstoles. Como indica la lectura del Evangelio de nuestra Misa de hoy, durante estos días después de la Resurrección, los apóstoles también se “refugiaron en el lugar”. Y, como nosotros, era para protegerse a sí mismos: en su caso, de aquellos que hicieron crucificar a Jesús, por miedo a que esos mismos vinieran también a por ellos, por ser sus discípulos.

La entrega del Espíritu

Pero la similitud termina aquí. ¡Está claro que no practicaban el distanciamiento social! De hecho, en la más grave violación imaginable de los protocolos de seguridad bajo los cuales operamos actualmente, ¿qué hace Jesús después de saludar a los apóstoles? ¡Él sopla sobre ellos! Ahora somos conscientes de lo problemático que es esto para nosotros en este momento. Todos sabemos ahora que el virus puede entrar en las gotas de nuestro aliento, que se pueden comunicar hasta seis pies de distancia. En otras palabras, algo dentro de mí entra en ti. Y, sin embargo, esto es exactamente lo que está pasando aquí.

Recuerden lo que les dijo: “Reciban el Espíritu Santo”. Jesús les entregó el Espíritu. Esto debería sonar familiar en nuestros oídos, ya que el penúltimo viernes, Viernes Santo, oímos el relato de San Juan sobre la Pasión. Al narrar el momento de la muerte de Jesús, él dice: “E inclinando la cabeza, entregó el espíritu”. Y aquí vemos *a quién* le está entregando el Espíritu. Recuerden, también, qué más dice nuestro Señor en este momento en que entrega el Espíritu a sus apóstoles: primero: “como el Padre me ha enviado, así también los envío yo”; y luego, “A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar”.

Con su muerte en la cruz, Jesús da a luz a la Iglesia – algo que San Juan nos deja muy claro con otro detalle en su relato de la muerte de nuestro Señor: la sangre y el agua que fluyeron de su costado perforado, indicando los sacramentos vivificantes del Bautismo y la Sagrada Eucaristía. Jesús comparte algo profundo dentro de él con la Iglesia que fundó, a través del ministerio de los apóstoles y sus sucesores que llevarán a cabo su misión.

Fe eucarística

Y hablando de la Eucaristía, esto nos lleva a la otra parte de la historia del Evangelio de hoy: el relato del denominado “Tomás el incrédulo”. Digo “denominado” porque, en realidad, todos los apóstoles dudaron. Esto queda claro en todos los demás relatos posteriores a la resurrección. Tal vez por eso San Juan se empeña en mencionar el otro nombre de Tomás, “Dídimo”, que significa “gemelo”: Tomás era gemelo de todos los apóstoles (o mejor aún, todos eran gemelos suyos). Fue su encuentro con el Cristo resucitado lo que lo llevó a la fe. En ese encuentro, vio la divinidad de Cristo que yacía oculta dentro de la humanidad de su cuerpo, y cuando lo hizo, pronunció las palabras que se han convertido en la profesión de la fe eucarística de la Iglesia: “¡Señor mío y Dios mío!”. Fíjense en cómo lo personaliza: “Señor *mío* y Dios *mío*”. Jesús es Señor y Dios, punto, Señor y Dios de todos y de todo el universo. Pero ahora hay un encuentro personal que lleva a una relación personal: ya no es una abstracción teórica, sino

una realidad que es completamente transformadora y el principio rector de toda la vida—cada decisión, cada valor, cada instinto. Pero, ¿qué es lo que provocó esta fe transformadora?

“Si no veo en sus manos la señal de los clavos y si no meto mi dedo en los agujeros de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré”. Fue el poder de la crucifixión de Cristo: aunque inocente, él se sometió a la muerte más horrenda por nosotros, aunque no hay nada que podamos devolverle por ello y él no tenía nada que ganar para sí mismo. Fue puramente por amor a nosotros. Lo que provocó la fe transformadora de Tomás fue el poder transformador del amor altruista.

Viviendo los Hechos de los Apóstoles en el hogar

Podemos aprender muchas lecciones valiosas de todo esto, y más aún cuando consideramos estas lecciones a la luz de lo que oímos sobre la comunidad cristiana primitiva en la primera lectura de hoy de los Hechos de los Apóstoles: “acudían asiduamente a escuchar la enseñanza de los apóstoles, vivían en la comunión fraternal y se congregaban para orar en común y celebrar la fracción del pan”.

Esta descripción de estos primeros hermanos y hermanas nuestros en la vida de la Iglesia debería ser la visión a la que aspirar en la vida de la iglesia doméstica en nuestros propios hogares. La enseñanza de los apóstoles: si las semanas de refugio en el lugar los enloquecen, entonces intenten pasar algún tiempo aprendiendo más sobre nuestra fe. Como me gusta decir a los candidatos a la Confirmación cuando tengo la oportunidad de celebrar este sacramento para ellos, tenemos 2.000 años de gente muy inteligente y santa reflexionando sobre las enseñanzas de nuestro Señor. Nuestra fe nos da una tonelada de sabiduría para extraer a partir de sus percepciones; es inagotable. Mientras permanecen en su casa, pueden aprovechar los muchos recursos disponibles a través de los medios de comunicación social. Si aún no lo han hecho, este sería un buen momento para inscribirse en la plataforma catequística “Formed” del Augustine Institute, que hemos estado promoviendo aquí en la Arquidiócesis desde hace muchos meses. Al hacerlo, tendrán a su alcance bibliotecas de material sobre la fe, tanto en forma impresa como en película.

¿Y qué hay de la vida en común? Esos primeros cristianos también vivían según el principio del amor altruista, porque ¿qué más se oye hablar de ellos? Ellos “lo tenían todo en común. Los que eran dueños de bienes o propiedades los vendían, y el producto era distribuido entre todos, según las necesidades de cada uno”. Hay infinitas maneras de vivir esto en el hogar, pequeños actos de bondad y consideración sin esperar ninguna bondad a cambio. Así como esto construye la comunión en toda la Iglesia y fomenta la predicación de la Buena Nueva, también construye la vida de la iglesia doméstica. Tener todas las cosas en común: eso es exactamente lo que se entiende por comunión—compartir los bienes espirituales y materiales.

Lo que nos lleva a “orar en común y celebrar la fracción del pan”. Esto es lo que se encuentra en el corazón de la comunidad cristiana, ya sea que esa comunidad sea la familia de la fe en todo el mundo, la familia de la fe que es la parroquia, o la familia de la fe que es la iglesia doméstica: el culto y la oración. La inaccesibilidad a la comunión sacramental para casi todo nuestro pueblo en este momento es una oportunidad para renovar nuestra fe eucarística. “¡Señor mío y Dios mío!”: la clásica devoción católica nos hace susurrar estas palabras en la elevación de la hostia sagrada y el cáliz durante la consagración en la Misa. ¿Realmente vemos con los ojos de la fe? ¿Vemos el Cuerpo y la Sangre de Cristo escondidos en las apariencias del pan y el vino, o somos un gemelo que duda? A través de este sacramento él se aparece a nosotros, haciendo presente su sacrificio, como se apareció a sus apóstoles después de su Resurrección con todas las

llagas de su crucifixión. Este es el único acto verdaderamente puro de amor altruista, y así como transformó a los apóstoles del miedo para ir a proclamar audazmente el Evangelio, así puede transformarnos, pero sólo cuando lo personalizamos, cuando él se apodera de nuestra vida y él es el principio rector de todo lo que decimos, hacemos y somos.

Conclusión

Permítanme concluir con una lección más, y tal vez la más necesaria en este momento. ¿Cuál es la primera palabra que sale de la boca de nuestro Señor cuando se dirige a sus apóstoles después de su Resurrección? Paz. Él los saluda con la paz: “La paz esté con ustedes”. Y para llevar el punto a casa, lo dice de nuevo: “La paz esté con ustedes”. Muchas familias encuentran difícil la paz en estos momentos, en medio de la incertidumbre económica, la inestabilidad alimentaria, la amenaza de desalojo o el haber sido de hecho desalojadas, el cuidado de parientes enfermos y tantas otras dificultades. Para muchos, hay motivos para tener miedo, como los mismos apóstoles lo tenían. Pero el amor lo conquista todo, y el amor altruista transforma el miedo en paz.

Esa paz se hace real cuando imitamos el amor altruista de nuestro Señor, dando sin esperar nada a cambio. Esta es la lección que los apóstoles finalmente aprendieron y vivieron; esta es la lección de la que dieron testimonio nuestros primeros antepasados en la fe cristiana. Es un amor que proviene de un encuentro personal con el Señor resucitado, cuando la idea de la fe ya no es sólo una idea, sino una realidad vivida, que condiciona y determina todos nuestros pensamientos, acciones, prioridades, valores, decisiones, actitudes e incluso nuestros propios instintos. Cristo ha resucitado, está vivo, y ha vencido a la muerte y a la tristeza. Juntos en él, compartiendo la comunión como miembros de su Cuerpo bajo él que es nuestra cabeza, su amor lo conquistará todo, transformando nuestro miedo y tristeza en esperanza y paz.